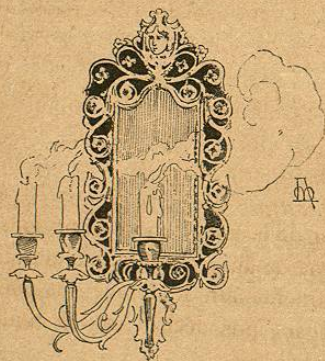


« He oído decir á personas entendidas que , á seguirse igual conducta en cada población de Escocia , la Reforma hubiera sido tan pura como es hoy y que contaríamos con más verdaderas iglesias de cristianos. He estado mucho tiempo en Inglaterra y no hay quien me quite de la mollera que la perrera de Osbaldistone es mejor que más de una casa del Señor en Escocia. »

Y hablando de esta suerte , Andrés avanzó hácia la catedral.



CAPÍTULO XX.

Ese espectáculo llena de respeto y de horror mis contristados ojos ; esas tumbas y esos palacios de la muerte producen frío y saturan al emocionado corazón de temblores glaciales.

CONGREVE. — *La Novia enlutada*, tragedia.

A pesar de la impaciencia de mi guía , no pude absterme de dirigir una mirada última al edificio , más imponente aún desde que sus puertas , al cerrarse , acababan de tragar , por decirlo así , la multitud que ocupara antes el cementerio.

Solemnes coros anunciáronnos que la ceremonia había empezado. El concierto de tantas voces , que confundía la distancia en una armonía sola , sin dejar que llegaran al oído las ingratas discordancias que , desde más cerca , lo hubieran disgustado , junto con el murmullo del arroyo y los gemidos del viento entre los pinos , elevaron mi alma hasta el sentimiento de lo sublime. La naturaleza entera , tal cual la invocaba el salmista , cuyos versículos se entonaban , parecía unirse á los fieles para ofrecer al Criador aquel cántico de alabanzas en que se juntan el temor

y la alegría. Había asistido yo, en Francia, al oficio mayor celebrado con todo el aparato que pueden dar de sí la más bella música, los ornamentos más suntuosos y las más grandiosas ceremonias, y, no obstante, la sencillez del culto presbiteriano causóme más profunda emoción. Los actos de devoción verificados en común parecieronme muy superiores á las lecciones cantadas por músicos rutinarios, dando á la Iglesia escocesa todas las ventajas de la realidad sobre los efectos del arte.

Al notar Andrés, cuya paciencia había llegado á su colmo, que no me cansaba de oír aquellos solemnes acentos, tiróme por la manga y dijo:

— Seguidme, señor, seguidme. Entrando demasiado tarde, vamos á perturbar el servicio divino, y permaneciendo aquí, la policía caerá sobre nosotros y nos llevará al cuerpo de guardia, por haber rondado durante el oficio.

Prevenido con esto, seguí á mi guía, pero no hacia el coro como creyera.

— ¡Por aquí, por aquí, señor! — exclamó Andrés, en el momento en que me disponía á entrar por la puerta grande. — Arriba no se percibe sinó lo recalentado: moral carnal tan seca y desabrida como las hojas caídas en tiempo de Navidad. Abajo, por el contrario, saborearemos la verdadera doctrina.

Hablando de esta suerte, hizome pasar por una puerta baja y cimbrada, cerca de la cual había un hombre de aspecto grave dispuesto ya á correr el cerrojo. Descendimos por varias gradas, como si fuéramos á internarnos en alguna tumba. Bajábamnos á aquella cripta fúnebre que se había escogido, ignoro cuándo, para establecer el culto presbiteriano.

— Figuráos una larga hilera de bóvedas oscuras, bajas, apenas iluminadas, parecidas á las que sirven para sepulturas en otros países y dedicadas, durante largo tiempo, en aquél, á idéntico uso. Parte del recinto había sido trasformado en iglesia y se la había provisto de bancos. Aunque capaz para muchos centenares de personas, ocupaba un espacio reducido en comparación á las vastas y negras profundidades que se entreabrían al rededor de lo que podría llamarse « el punto habitado. » En

aquellas desoladas regiones del olvido, empolvadas banderas y escudos rotos indicaban las tumbas de los que un día habían sido también « príncipes de Israel. » Inscripciones sólo inteligibles para el laborioso anticuario, convidaban á orar por las almas de aquellos cuyos rostros cubrían, en una lengua tan añeja como el acto de devoción que reclamaban del viandante.

En medio de aquella necrópoli, último asilo de la humanidad, fué donde hallé una asamblea numerosa absorbida en su rezo. Los presbiterianos de Escocia están de pié al llenar públicamente sus deberes religiosos, en lugar de arrodillarse, sin más razón, tal vez, que la de exteriorizar con ello su extrema antipatia á las formas del rito romano, ya que, cuando oran en familia, y sin duda también en sus actos particulares de devoción, adoptan, para dirigirse á la Divinidad, la actitud acostumbrada entre los demás cristianos como la más humilde y respetuosa. De pié y descubierta la cabeza los hombres, centenares de personas de ambos sexos y de todas edades escuchaban, con singular atención y recogimiento, la oración que un pastor, ya anciano y muy popular, pronunciaba casi de memoria. Educado en las mismas creencias, unime de corazón á aquel ejercicio de piedad, y no me abandoné á examinar lo que me rodeaba hasta ver que se sentaban todos los fieles.

Terminada la plegaria, los hombres, en su mayoría, cubriéronse de nuevo con sus gorros y sombreros, tomando asiento los que disponían de él. Andrés y yo, llegados asáz tarde para procurárnoslo, permanecimos de pié, al igual que gran número de individuos, formando así una especie de guirnalda viva en torno del auditorio sentado en los bancos. Detrás y al rededor de nosotros, las bóvedas que he mencionado perdíanse en la penumbra. Estábamos de cara al piadoso concurso, iluminado apenas por dos ó tres cerceras parecidas á las que se colocan en las tumbas.

A favor de tan incierta claridad, se distinguía la acostumbrada diversidad de los rostros vueltos, en su mayoría, hácia el pastor, y mostrando, en general, los caracteres de la atención, á no ser cuando algún padre ó madre recordaba el deber al mu-

chacho demasiado vivo de génió que se distraía, ó bien al que, más torpe, se abandonaba al sueño. Los distintivos duros y acentuados del pueblo, más marcados, por lo común, en el ejercicio de la inteligencia y de la atención, aparecen en las



manifestaciones religiosas ó en las filas de un ejército mejor que en otras reuniones menos graves y más frívolas.

El discurso del predicador era muy propio para poner en juego las cualidades diversas de sus oyentes. La edad y las dolencias habian debilitado un órgano vocal potente y sonoro por naturaleza. Leyendo el texto, no hizo sino marcar las palabras, pero en cuanto hubo cerrado la Biblia y empezado su sermón,

robusteci6se gradualmente su voz, al desenvolver los argumentos con inesperada vehemencia. Tomábalos, sobre todo, de los puntos abstractos de la religión cristiana: asuntos graves, profundos, impenetrables para la razón humana, que él, no obstante, hacia por resolver con tanta pertinencia como habilidad, mediante citas sacadas de los Libros Santos. No estaba mi espíritu preparado para seguirle en todos sus razonamientos, entre los cuales los habia de un alcance que escapaba á mi penetración; pero nada tan capaz de conmover como el ardiente entusiasmo del buen anciano, y nada más ingenioso que su modo de discurrir. El escocés, como es sabido, distingue más por el vigor de sus facultades intelectuales que por la delicadeza de sus sentimientos, y por esto la lógica ejerce sobre él mayor imperio que la retórica. En ciertos puntos de doctrina gusta de la discusión sutil y ceñida, más que de los patéticos llamamientos al corazón y á las pasiones: recurso ordinario de los grandes predicadores extranjeros para granjearse el favor de su auditorio.

En lo más apiñado del grupo atento, que tenia yo ante mis ojos, hubiera podido notarse la variedad de fisonomías como en el famoso lienzo de Rafael, que representa á San Pablo predicando ante el aréopago de Atenas. Acá, un inteligente y celoso calvinista, fruncido el ceño, manteníase en actitud de profunda aplicación, ligeramente apretados los labios, sin perder de vista al orador cuyo triunfo compartía con modesto sentimiento de orgullo, tocando sucesivamente con el índice los dedos de la mano izquierda, mientras que, de argumento en argumento, el sermón se acercaba al final. Allí, un fanático revelaba, con aire fer6z y austero, su desprecio á los que no pensaban como él y como su pastor, no menos que su alegría por los castigos que les amenazaban. Un tercero, que no pertenecía á la congregación y á quien el acaso ó la curiosidad habian guiado seguramente allá, parecia discutir consigo mismo el valor de ciertas proposiciones, y su cabecear, apenas perceptible, denunciaba dudas acerca de la congruencia del raciocinio. La mayoría presentaba una actitud reposada y satis-

fecha que significaba: « ¡Cómo debe agradecerse el haber venido y el escuchar tan hermosa plática! » Mas ¿cuántos eran los que se hallaban en el caso de comprenderla? En general, las mujeres no estaban más adelantadas, con la diferencia, empero, de que las viejas, de genio más ágrío, se fijaban en los pasajes abstractos, en tanto que las mozas no prohibían á sus miradas el pasearse furtivamente por la reunión. Hasta algunas, (si la vanidad no me engañó,) favorecieronme, sin duda, como inglés y por mi distinguido porte. En cuanto al resto de la muchedumbre, los imbéciles abrían tamaños ojos, bostezaban ó se entregaban á la soñolencia hasta que, escandalizado, un vecino les despertaba á taconazos en los huesos de las piernas, mientras que los indiferentes, no atreviéndose á dar señales de disgusto en exceso significativas, reparaban en sus continuas distracciones.

Entre los trajes y abrigos de los habitantes del llano distinguíase, acá y acullá, el *plaid* (1) de un montañés, quien, apoyado en el puño de su espada, lo observaba todo con la imperturbable y deslumbrada afición de un salvaje, sin inquietarse nada por lo que decía el orador, gracias á la muy convincente razón de que no entendía el idioma en que se expresaba. El aspecto marcial y feróz de tales intrusos añadía á la congregación un carácter que, sin ellos, le faltara. Eran, aquel día, en mayor número, según me hizo notar Andrés, con motivo del mercado de ganados que había tenido lugar en las cercanías.

Tal era el espectáculo que, de banco en banco, se desarrollaba ante mí. Los débiles rayos de sol, que se disolvían en la cripta, después de iluminar la concurrencia, iban á perderse en el vacío de las lejanas bóvedas, extendiendo sobre el primer término una semi-claridad imperfecta y dejando en tinieblas las profundidades de aquel laberinto, lo que le daba aspecto de interminable.

He dicho ya que permanecía yo de pié junto á otras personas que formaban el circuito, puestos los ojos en el orador y de

(1) Capa vuelta de sarga, que se usa en Escocia.

espaldas al espacio no ocupado de la cripta. Semejante posición me exponía á frecuentes distracciones, ya que el más ligero rumor bajo los arcos prealudidos era repetido por ecos mil. El gotear del agua sobre el pavimento, rezumando por alguna grieta, hizome volver más de una vez la cabeza hacia el lugar en que parecía efectuarse el hecho, y ya tomada esa dirección por mis miradas, érame difícil separarlas de ella. Un tejido de bóvedas y de columnas, de tinieblas entrecortadas por resplandores, de formas raras é indecisas: todo ello bastaba para inflamar la imaginación que se complace en lo desconocido y en las misteriosas apariencias. Poco á poco, mis ojos habituáronse á la oscuridad que me atraía, é intereséme mucho más en los descubrimientos que deseaba hacer, que no en las sutilezas metafísicas del predicador.

A menudo me había reprendido mi padre por las tendencias vagamundas de mi espíritu, debidas, sin duda, á una sensibilidad nerviosa de que estaba aquél exento. Hallándome, pues, bajo la influencia de idénticos estímulos, echéme á recordar los tiempos de mi infancia en que mi padre me acompañaba, por lo mano, á la capilla del señor Shower, y las imperiosas prevenciones que me dirigía respecto á emplear bien las horas que, una vez perdidas, no vuelven ya. ¡Cosa singular! Este recuerdo, lejos de fijar mi atención, acabó de quitarme la poca que me quedaba, trayendo á la memoria la angustiada situación de los asuntos de mi padre. Moderando, en lo posible, el tono de la voz, indiqué á Andrés que se informara de si alguno de los socios de la casa Mac-Vittie y compañía formaba parte de la reunión; pero Andrés, preocupado con el sermón, me respondió rechazándome con el codo y como invitándome á que guardara silencio. Necesario me fué, pues, satisfacer por mi propia cuenta mi curiosidad, y, pasando revista á aquella multitud de figuras inclinadas hacia el púlpito, como hacia un hogar de atracción común, procuré descubrir la de Owen, de fisonomía seria y, por decirlo así, práctica. Bajo los anchos sombreros de castor de los burgueses de Glasgow, al igual que bajo los más anchos aun de los aldeanos del condado, nada ví que

semejara la modesta peluca, las mangas tiesas, el traje completo de color de nuez: insignias características del principal dependiente de la casa Osbaldistone y Tresham.

En el colmo de la impaciencia y devorado por la inquietud, acabé por olvidar, no sólo la novedad de la escena que me había tenido anhelante hasta la sazón, si que hasta el sentimiento de las conveniencias. Tiré vivamente de la manga de Andrés, declarando á éste mi intento de salir y de continuar en mis gestiones. Tan testarudo en la cripta de Glasgow como en las alturas del Cheviot, se hizo, por de pronto, el sueco; mas luego, no acertando con otro medio para contenerme, dignóse contestar que, una vez dentro de la iglesia, no se podía salir hasta terminado el culto, ya que las puertas habían sido cerradas al empezar las oraciones. Y, formulada esta advertencia en tono rápido y desapacible, volvió al talante de suficiencia con que seguía, á fuer de crítico sutil, las elucubraciones del predicador.

Haciendo de la necesidad virtud, me esforcé en mantenerme quieto, cuando vino á turbarme de nuevo singular distracción. Una voz, detrás de mí, murmuró distintamente á mis oídos, las siguientes palabras:

— ¡Corréis peligro en esta villa!

Volvíme impulsado por movimiento maquinal.

Cerca de mí había varios jornaleros tiesos como estacas y de aspecto vulgar. Mediante una sola ojeada, aseguréme, sin darme de ello gran cuenta, de que ninguno de ellos era la persona que acababa de hablarme. Adsorbidos por la atención que prestaban á la plática, no contestaron con señal alguna de inteligencia á la mirada inquisitiva y turbada que les dirigí. La enorme y redonda coluna en que me apoyaba podía haber ocultado al misterioso avisador. ¿De dónde procedía? ¿A qué había buscado un sitio como aquél? ¿Qué daño podía temer yo?... Fueron estas otras tantas preguntas que hicieron que mi imaginación se perdiera en conjeturas.

En la confianza de que volvería á hacerse oír de nuevo la voz, volvime del lado del púlpito y adopté una actitud reco-

gida. Mi plan surtió efecto. Al cabo de algunos minutos, la misma voz añadió:

— Escuchad sin volveros!

Permanecí inmóvil.



— Corréis peligro en esta población, como lo corro yo. Id á encontrarme en el puente, á media noche en punto. Quedaos en casa hasta el anochecer y procurad no ser visto.

Concluidas las anteriores palabras, volví otra vez la cabeza; pero, más listo que yo, mi interlocutor se había deslizado ya por detrás la coluna y había escapado á mi vista. Resuelto á descubrirlo, separéme rápidamente de la multitud y di la vuelta á aquella... Nadie, excepto un hombre envuelto en un abrigo, que se perdió en las profundidades de la cripta.

Un impulso instintivo movióme á seguir los pasos de aquel ser enigmático, que no tardó en desvanecerse bajo las bóvedas como fantasma de alguno de los enterrados que á centenares descansaban allí. Sólo me quedaba una débil esperanza de dar alcance al fugitivo, tan resuelto á escapármese; mas, apenas adelanté algunos pasos, hube de perderla. Mi pié resbaló y caí. La misma oscuridad, causa de mi caída, sirvió al menos para

ocultarla, lo que fué de alguna fortuna en mi desgracia. El predicador, en el tono de severa autoridad que acostumbra á usar los sacerdotes escoceses cuando tratan de mantener el orden entre los fieles, interrumpió su sermón para ordenar al pertiguero que detuviera al autor del ruido que acababa de producirse; pero habiendo éste cesado, el pertiguero no juzgó oportuno ejecutar rigurosamente la orden, con lo cual me fué posible recuperar mi sitio, sin que la gente reparara en mí. El orador reanudó el hilo de su sermón y ningún otro incidente alteró el final de la plática.

Levantóse todo el mundo, y, al salir de la iglesia:

— ¡Calle! — exclamó Andrés. — Mirad: allá van el digno señor Mac-Vittie, su mujer y miss Alison, hija suya, con el señor Tomás Mac-Fin, quien, á lo que se cuenta, casará con miss Alison si sabe remar bien. No es una beldad, pero tiene dinero á sacos llenos.

Vuelto hácia el lado que me indicaba, mis ojos se fijaron en el señor Mac-Vittie: hombre entrado en años, alto y seco, de facciones duras, ojos azules, cejas espesas y casi grises, con no sé que especie de expresión siniestra que me hizo sentir frío en el corazón.

El aviso que se me había dado, estando en la iglesia, cruzó luego por mi mente, y dudé en dirigirme á aquel personaje, sin que contra él pudiera alegar motivo alguno de desconfianza ó de aversión.

Perplejo estaba aún, cuando Andrés, atribuyendo á timidez mi indecisión, aprestóse á infundirme ánimo.

— Habladle; — dijo, — nada temáis, señor Francis. No ha llegado aún á preboste, aunque dicen si lo será el año que viene. Habladle, pues: os responderá cortésmente, aun cuando es rico, mientras no tengáis necesidad de dinero, pues según cuentan, es duro de pelar.

Ocurrióseme al punto que si aquel negociante era tan tacaño como se aseguraba, me sería indispensable tomar algunas precauciones antes de presentarme á él, supuesto que ignoraba yo el estado de sus negocios con mi padre. Esta reflexión corrobora

raba el consejo del desconocido y acreció la repulsión que antes había experimentado yo. Limitéme á encargar á Andrés que pasara á casa del señor Mac-Vittie para averiguar la dirección de cierto inglés llamado Owen, encargándole que callara respecto á la procedencia de la petición y que me trajera la respuesta al modesto mesón en que nos habíamos apeado.

Andrés prometióme cumplir el encargo, no sin antes recordarme la obligación de asistir á la función religiosa de la tarde, añadiendo, con su causticidad natural, que «en resumidas cuentas, cuando las personas no sabían estarse quietas sobre sus piernas y desaparecían para dar tropiezos sobre las tumbas, moviendo un ruido capaz de resucitar á los muertos, fuera para ellas bastante buena una iglesia en un ángulo de la chimenea.»

